

LAS HOJAS

Era uno de esos días en que el calor no te deja ni pensar. En la radio del auto habían dicho que hacían treinta y cinco grados. Chumi, que tan sólo tenía seis años, no entendía la magnitud de aquella cifra, además, el aire acondicionado en el auto lo refrescaba a tal punto de querer ponerse un polerón. Eso pasó en el camino y duró hasta que se bajaron, fue como si de repente pasaran de un frigorífico al interior de un horno. Su padre le había dicho que en la parte trasera de la parcela había una piscina, que fuera para allá y se mojara los pies mientras que él hablaba de negocios con el tío Sambo.

Chumi era un niño obediente, tranquilo, a veces demasiado. Podía pasar tanto rato sentado observando que pareciese como si estuviera en un continuo estudio de la vida. Por consiguiente su padre no debía preocuparse de encontrarlo corriendo alrededor de la piscina o quemando la maleza, porque si le había dicho *Chumi ve a la piscina a mojar los pies para que no te de tanto calor* lo iba a encontrar sentado al borde de la piscina mojándose los pies.

La piscina de agua verde no refrescaba mucho, estaba más bien tibia, sin contar con el musgo en las orillas y las hojas flotando por doquier. Chumi quedó absorto sobre estas últimas, se fijó en que sobre las hojas se podían distinguir un par de letras, y mientras más se concentraba más seguro estaba; ahora podía ver palabras, frases enteras, era como si las hojas de un viejo libro se hubiesen mimetizado con las hojas de los árboles pasando tan desapercibidas como diez chinos en un estadio lleno de coreanos. Sus pies golpeaban el borde de la piscina agitando el agua en un movimiento marchante.

En el otro extremo de la piscina comenzaban a hacerse unas olitas que estallaban en sus rodillas como rocas en el mar. Chumi no reparó en nada extraño, era evidente que el movimiento que hacía con los pies agitaba las aguas produciendo aquellas olitas por lo que sólo se limitó a secarse las gotas que habían saltado sobre sus mejillas con una sonrisa que hacía tiempo no esbozaba. Otra olita comenzó a gestarse del otro extremo de la piscina pero ésta fue un poco más grande, las hojas que flotaban en el medio se desplazaron hacia los lados como si debajo de ellas algo comenzara a levantarse.

Dejó de mover los pies y se quedó quieto, hasta que el agua se calmó y la extraña corriente que había enviado las hojas a las orillas desapareció.

Sacó sus pies del agua al mismo tiempo que un calamar gigante salió de las profundidades moviendo sus largos tentáculos blancos con pintas rojas salpicando agua y hojas por todos lados. Su mirada parecía preguntar *¿Quién mierda ha estado moviendo las aguas mientras trato de descansar?!*

Chumi, aterrado, fue a buscar a su papá alejándose lo más posible de la piscina, tenía que cruzar el largo de ésta para poder llegar a la parcela. Corrió por el pasto alejándose del monstruo justo lo suficiente como para que éste le rozara la pierna haciéndolo perder el equilibrio. Cayó golpeando su hombro con la maleza. Sin darse tiempo para llorar –en realidad nunca se lo daba– trató de reanudar su marcha con la rapidez de una leona que tropieza al morder el cuello de su caza, pero se detuvo al ver que el calamar volvía a hundirse, no sin antes mirarlo en son de advertencia, *ándate y no vuelvas más* parecía leer en esos ojos negros y brillosos del porte de un balón de fútbol.

Era su padre quien siempre espantaba a los monstruos –bajo su cama, en el closet, en el espejo del baño–, siempre estaba allí para rescatarlo. Aunque no estaba seguro de si en verdad su padre creía que había monstruos o pensaba que Chumi los imaginaba.

El otro día, por ejemplo, había levantado la tapa del inodoro para orinar y, como si hubiese sido una caja de sorpresa con un resorte dentro, salieron disparados unos cangrejos sobre él. Instintivamente gritó a su padre y uno de los cangrejos cerró su tenaza en el empeine de su pie. Cuando Rodomiro entró, los cangrejos ya no estaban. La respiración del niño era fuerte, rápida y entrecortada; su padre lo abrazó y sintió su corazoncito como en un redoble de tambores, estaba tieso, pálido y con la vista pegada en su pie.

(Rodomiro se asustaba cada vez que lo veía así, le recordaba a su primer hijo, el hermano que Chumi no alcanzó a conocer, y sus ataques de asma en la mitad de la noche. El hermano de Chumi fue el primer hijo de la pareja y las visitas infaltables eran los paramédicos. Casi todas las noches había que llamar a urgencias para que lo socorrieran. Hasta que una noche, simplemente, dejó de respirar. Ambos padres se habían dormido a su lado, estaban exhaustos, y no notaron el ahogo del pequeño hasta la mañana siguiente, encontrándolo con la mirada perdida en el techo y el rostro morado.

La pareja dejó de hablarse por un tiempo. Ambos se sentían culpables por la muerte de su hijo y al mismo tiempo se culpaban entre ellos. Rodomiro empezó a ir más temprano al trabajo mientras que Berta se quedaba en casa, sentada, mirando las cajas embaladas que no alcanzaron a abrir y que ya no valía la pena desembalar. Se cambiaron de casa el mismo día que le dieron de alta en el hospital después del parto. Fue el primer hogar de la familia. Tenía una pieza matrimonial y otra para su hijo; un living y una pequeña cocina, nada muy ostentoso para empezar. Ahora no veía una razón para preocuparse en ordenar, sólo se quedaba sentada mirando por horas las cajas

hasta que su trasero se dormía y cambiaba de posición. El tiempo era mucho, los segundos eran horas, y el abismo se ensanchaba con los días. Era como estar en una caída libre sin fin en que no importaba nada más que llegar pronto al suelo y reventarse contra el pavimento.

Rodomiro sentado en su escritorio se daba el lujo de contemplar la esquina de su oficina donde el techo se estaba agrietando y cayendo a pedazos. Nadie lo recriminaba. Él era el jefe. Y como jefe podía mirar el techo cuantas horas quisiese.

El vacío en el hogar había llegado para quedarse.

Un día Berta contemplaba las cajas con la misma emoción con la que rascaba su cabeza sucia y llena de caspa cuando un reflejo extraño y casi olvidado se apoderó de su estomago. Era el hambre, hacía casi dos meses que no comía más que lo que Rodomiro le llevaba cuando volvía del trabajo. Había bajado unos treinta kilos desde la tragedia y los pómulos empezaban a sobresalir en su rostro. Tomó su cartera sin reparar en que no tenía ni un cobre y fue al almacén que quedaba en el primer piso del mismo edificio. Al subirse al ascensor la abofeteó el olor de la asquerosa y excesiva loción en una señora de edad. Debió bajarse un piso más abajo que el suyo corriendo a vomitar en medio del pasillo, la cara de asco de la señora desapareció al cerrarse las puertas.

Al día siguiente le sucedió algo parecido. Estaba en el baño decidida a lavarse los dientes, no porque estos se le estuviesen poniendo ásperos de suciedad, ni porque fuera a recibir visitas, sino que porque el olor de su boca era tan pestilente que la despertaba en mitad de la noche deseando volver a sus pesadillas. Tomó el cepillo de dientes con pasta y una arcada la hizo posar las manos sobre las rodillas.

Fue el doctor Julius Napoli quien los bendijo con la noticia que Berta se negó a creer en un comienzo. Chumi se estaba gestando hace un mes y veinte días, una semana exacta antes del funeral de su primer hijo).

Cuando Chumi le mostró lo que el cangrejo había hecho a su pie, Rodomiro le dijo que lo más probable era que se había golpeado sin darse cuenta, pero el niño sabía que no era así. Ese mismo día en la tarde oyó a su padre hablando por teléfono con su abuelita, y le decía que quizás su “divorcio” había afectado al niño. Aunque él sabía que su mamá se había fugado con otro hombre no reprendía a su papá por ser tan cobarde y llamarlo divorcio. Había días en que Chumi odiaba a su padre por haber dejado que su madre se fuera con otro.

En este preciso momento había decidido no molestarlo. No porque sintiese que su padre no le creería, ni tampoco porque sabía que cuando llegara a la piscina el calamar no saldría y no vería más que las hojas de los árboles sobre el agua verde de la piscina, sino que porque estaba ocupado con el tío Sambo en la negociación del terreno. Ambos querían comprar el terreno, derribar la parcela que allí había y hacer dos casas, una para cada familia. El terreno era tan grande que Sambo podría hacer una fiesta en su casa mientras que Rodomiro durmiera placidamente sin escuchar más que el trino de los grillo.

Aunque eran medio-hermanos se querían casi como hermanos gemelos, y la idea de vivir uno al lado del otro los había entusiasmado de sobremanera, de esta manera el padre de Chumi tendría un apoyo cerca.

Su primo Berkly también había ido, estaba leyendo un libro sentado sobre una silla de plástico que hacía juego con la mesa redonda y blanca bajo el quitasol que la

sombreaba. Estaba entre la piscina y la parcela a una distancia casi ridícula, era como una parada de descanso entre un lugar y otro.

No había otra opción. Tendría que interrumpir el autismo de su primo, necesitaba saber si era verdad lo que había visto porque, hasta ese día, los monstruos sólo se habían aparecido en su casa.

-¡Berkly!- dijo al llegar a su lado jadeando como si hubiese corrido el largo de una cancha de fútbol. -Vi algo que se movía en el fondo de la piscina.

No era necesario que le dijera que lo acompañara, Berkly sabía que tenía que apoyar a su primo y cuidarlo, sabía que su madre se había ido de casa y que vivía solo con su padre, además si se iban a mudar allí lo vería casi a diario. Marcó la página en la que iba doblándole la punta y recordó que su padre odiaba que hiciera eso, sobre todo en un libro como ese que tenía casi todas las páginas sueltas, justo antes de pasarle el dedo por encima, la desdobló y trato de recordar la página, *la 32* se dijo, y botando sonoramente aire por la nariz siguió al pequeño.

El tramo hasta la piscina la pareció más corto que antes y en compañía de Berkly se sentía más seguro. Su primo le doblaba la edad y para Chumi el negro de su piel lo hacía verse más fuerte, como a su tío Sambo, o como a cualquier hombre de raza negra. Llegaron a la piscina y se veía tan tranquila como un vaso de agua, más bien un vaso de un espeso jugo de melón que no dejaba ver más allá de la superficie. Berkly tomó un palo que había en el suelo con su mano desocupada -el libro no lo soltaba ni por si acaso porque siempre que lo dejaba en algún lugar se le olvidaba dónde- y lo metió en el agua sabiendo que no encontraría nada. Lo paseó por todo el borde de la piscina haciendo círculos para demostrar que no había nada que temer. Lo sacó y miró a Chumi

con una sonrisa de *¿viste? nada que temer*. Tiró el palo sobre la maleza, puso el libro de cuentos cortos de Horacio Quiroga en el borde de la piscina, tomó una piedra que había al lado suyo con ambas manos y con un pequeño esfuerzo la lanzó en el centro del vaso para finalizar su demostración. Levantó el libro de la orilla justo antes de que cayera sobre él el reventar de las olas que se habían formado y miró a Chumi.

–Taraaaaaaaán –le dijo–. El monstruo ha desaparecido.

Pero el rostro deformado en horror de Chumi lo hizo estremecer, y de las profundidades apareció el gigante monstruo submarino moviendo sus tentáculos. Agarró a Berkly por los tobillos, lo alzó tan rápido como lo hundió en el agua lanzando el libro a gran altura y lo devoró como si no hubiese sido más que un pequeño camarón. Las hojas del libro caían como las hojas de los árboles en otoño, sintiendo las caricias de la brisa de la tarde y llegando al agua salpicada en sangre con la delicadeza de una bailarina de ballet acostándose sobre una nube. Un ojo del porte de una pelota de fútbol miró a Chumi como diciéndole *te lo advertí*, le enrolló un tentáculo alrededor de la cabeza ahogando el grito de *¡Paaaaá...!* y se lo llevó como un trofeo a las profundidades.

El principal testigo de la desaparición de los pequeños se retiró dando paso al anochecer. El campo guardó silencio esa noche viendo a los padres desesperados por la desaparición de los pequeños mientras que el agua de la piscina, ahora teñida de un tono café, se calmaba con el vaivén de las hojas.

Rodomiros no vio las páginas del libro flotando en la piscina.

Tampoco vio la cabeza del calamar que se asomaba a la superficie.

Así como nunca pudo ver los monstruos que atacaron a Chumi durante todos los años en que su madre estuvo ausente.